

## CERVANTES, DON QUIJOTE Y EL QUIJOTISMO.

He aquí un libro que será siempre un problema, sobre el cual se hablará todavía en los tiempos venideros, y cuya lectura nos place como el aire matinal: “Don Quijote de la Mancha”.

Es una obra de plenitud. Culmina con él todo un proceso que se origina en el Renacimiento, pasa por la novela picaresca y desemboca en el Siglo de Oro español. Pero aunque se ponga en claro sus antecedentes, rastreando las influencias bajo las cuales fué concebido, y aunque se busque en las obras anteriores de su autor algo que lo anuncie o lo justifique, el espíritu se siente sobrecogido por la grandeza del aliento que recorre sus páginas.

Este libro prodigioso fué engendrado en una cárcel, “donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación”. Es el fruto de un talento que, sin haber podido surgir a la plena estimación del público, se reconcentra y se dispara en forma incontenible. Libro profundo y claro, tierno y jocosos, ingenuo y polémico: libro, en suma, fronterero entre lo real y lo absurdo, entre un momento y la eternidad, su fuerza proviene de la hondura de saber vital de donde amaneció para el hombre.

Hay pocas noticias relativas a los primeros años de quien lo escribió. Sabemos que Cervantes era, desde niño, un lector voraz. Le gustaba leer incluso los papeles rotos de la calle. Su mente ávida se nutría para la empresa que le reservaba el destino. Aunque nacido en una pequeña ciudad universitaria, parece que no llegó a cursar lo que se llama estudios regulares. El Príncipe de los Ingenios instruyóse en la vida. No tuvo en su juventud la intención de consagrarse a las letras: fué soldado, fué actor en la escena de su tiempo; sufrió penurias y templóse en la adversidad. Ya maduro y de regreso, pudo encontrar al artista que había en él; pero entre su vuelta a España y la publicación de su obra magna, hay un período oscuro en que la atmósfera de su vida se llena de nubes y se carga de electricidad: extraño intervalo de mediocridad y pobreza. Después del Cervantes guerrero, herido y cautivo, viene el lamentable Cervantes proveedor de galeras y alcahalero. ¡Una existencia azarosa en cuyas enrucijadas se va perdiendo la esperanza! Pero, en

discretos ensayos, el genio busca expresión y quiere ejercer el señorío de toda esa miseria. El infortunio es para él un acicate. Cervantes hubiera debido exclamar de sí propio las palabras que pone en labios de su Don Quijote: “Bien podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo es imposible”.

La estimación de una obra maestra de la literatura trae aparejadas muchas dificultades; y no es la menor el peligro de abandonarse a las ideas hechas. El primer deber del estudioso es revestirse de una elemental dignidad que le ponga en guardia contra el lugar común. Sin desdeñar la atmósfera que respira y dentro de la cual se mueve, ha de asestar su telescopio a un determinado lugar del firmamento, y haciendo abstracción de las apariencias, calcular la órbita de la estrella que se ofrece a su curiosidad. Por muchos siglos se tuvo la sensación de que la Tierra era el centro del universo. La Tierra: lo inmediato, lo que precisamente por eso parece lo más importante. Al apreciar las concepciones del pasado surge la idea de que, por ser lejanas, giran todas a nuestro alrededor, y que nuestro pequeño mundo cultural es el centro al cual tienen que ser referidas. Se repite de este modo, en el orden del tiempo, el error que tan naturalmente se produjo en cuanto al espacio. Para juzgar acertadamente una obra de arte precisa conocerla en sus verdaderas dimensiones.

¿Qué es lo determinante, lo fundamental y primario en la creación artística? ¿De qué limo fecundo brota como planta maravillosa? ¿Qué jugos vitales pasan por sus raíces? Ni el medio físico es el supremo configurador, ni el ambiente social y cultural ejerce influencia dominante sobre la actividad estética. Hijo de su época, el artista capta de ella cuanto le parece valioso, o aquello que más le seduce. El ambiente—en general, lo externo—condiciona en varia medida el fenómeno creador, pero su resorte más escondido está en el artista mismo. Simultáneamente se producen distintos modos de ver, hay toda una gama de temperamentos. Y cuando aparece un genio, se burla de los esquemas racionales, traspasa los linderos del tiempo lanzándose al horizonte desconocido de la posteridad, viajando del pasado al presente y del presente al mañana y revelando en imágenes-símbolos, no tan sólo verdades temporales, preocupaciones y problemas del momento histórico que le ha tocado vivir, sino aspectos estelares de la vida humana de todos los siglos, y aún más: visiones de lo insondable en el hombre y en el cosmos.

Acude a mi mente, como un soplo de viento helado, el recuerdo, o mejor dicho la imagen que tengo de Shakespeare. Fué Turguénev quien hizo una confrontación de Hamlet con Don Quijote, comenzando por señalar la coincidencia de que la tragedia y la novela salieron a luz el mismo año, así como el hecho fantástico de que Shakespeare y Cervantes murieron el 26 de Abril de 1616.

Para Turguénev (1), Don Quijote es el emblema de la fe en algo eterno, en una verdad superior al individuo. Es todo abnegación, se entrega a un ideal de justicia y combate por él con desinterés. Este concepto es una deformación convencional. No puedo creer en un Don Quijote que adopta como norma de conducta el lema: "dar de sí antes de pensar en sí". En realidad, Don Quijote no hace otra cosa que *pensar en sí*. Y en cada aventura no ve sino la ocasión de exaltarse y oscurecer son su fama las hazañas de todos los andantes caballeros que han sido, son y serán en el mundo. Este afán le lleva, por ejemplo, al extremo de emprender la regocijante penitencia de Sierra Morena, donde se entrega a locuras tales que él, un orate, es el primero en reconocerlas. Y cuando Sancho le hace notar que no hay motivo alguno para semejantes extravagancias, replica:

"Ahí está el punto, y ésa es la fineza de mi negocio: que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracia; el toque está en desatinar sin ocasión y dar a entender a mi dama, que si en seco hago esto, qué hiciera en mojado". (Parte I, cap. XXV).

Después de la aventura de los leones, su primer empeño es que el leonero manifieste la verdad del caso:

"Cierra, amigo, la puerta, y dame por testimonio, en la mejor forma que pudieres, lo que aquí me has visto hacer; conviene a saber, cómo tu abriste al león, yo lo esperé, él no salió volvíle a esperar, volvió a no salir y volvióse a acostar". (Parte II, cap. XVII).

En cuanto al tema, o más claro, al motivo de la inmortal novela, Turguénev no se pronuncia rotundamente, pero desde luego advierte que hay que abandonar "la manía de no ver en el hidalgo manchego más que al caballero de la Triste Figura, personaje creado para ridiculizar los libros de caballería". (2).

Don Miguel manifiesta inequívocamente que ha escrito su libro con fines de policía estética. En el Prólogo de la Parte Primera, pone en boca de su imaginario consejero estas indicaciones finales:

"En efecto: llevad la mira puesta a derribar la máquina mal fundada destos caballerescos libros, aborrecidos de tantos y alabados de muchos más; que si esto alcanzádes, no habríades alcanzado poco".

---

(1) Ivan Turguénev: "Hamlet y Don Quijote".

(2) Turguénev: ob. cit.



Apunta Ortega y Gasset que los críticos de los últimos tiempos han hecho abstracción de este propósito manifiesto de Cervantes, y han pensado que tal vez “era una manera de decir, una presentación convencional de la obra, como fué la sospecha de ejemplaridad con que cubre sus novelas cortas”. Pero en seguida opina que “para la estética es esencial ver la obra de Cervantes como una polémica contra las caballerías”. (3) Yo creo que si el autor tuvo al principio una intención polémica, su talento llevóle después mucho más lejos.

Ensayando una explicación desde el punto de vista marxista, Pavel I. Novitsky dice que el tema exigía no uno, sino dos protagonistas, puesto que “la intención principal de Cervantes no fué destruir la perniciosa influencia de los libros de caballería, el aventurismo de la nobleza decadente, ni las contradicciones de su época”. La tarea por él emprendida era más profunda—afirma Novitsky, y añade: “Sus dos personajes simbolizan el *trágico dualismo* de una vasta cultura de clase, que vacila entre la negación de la realidad del mundo exterior (espiritualismo, evasión hacia un mundo de sueños, doctas abstracciones y arte sin objeto) y la afirmación del materialismo, el ansia de dinero y el sórdido sentido utilitario”. (4).

Sin duda que Cervantes, consciente o subconscientemente, quiso dar a sus personajes un carácter simbólico. En todo caso, esa no fué su intención fundamental, puesto que no estaba educado en una escuela de ideas tal que pudiera considerar “el trágico dualismo de una cultura de clase”. En buena cuenta, esa podría ser la intención de Novitsky. Pero el Príncipe de los Ingenios quería, ante todo, otra cosa: volcar en una obra magistral, escrita en horas de aflicción, su personalidad creadora. En el silencio de la cárcel, a donde había sido llevado por causas mezquinas, sin que le valiera su condición de combatiente en Lepanto y cautivo heroico en Argel; sin que nadie hubiera visto en él sino a un oscuro soldado, impelido por la miseria a desempeñar oficios viles; en la humillación y en la amargura de la cárcel, repito, se agiganta su genio para darse a conocer, para afirmarse. ¿Qué se puede saber de los motivos de un gran artista cuando no se percibe sino lo exterior a él? Su expresión fluye del dolor de vivir (porque la agonía es la entraña del hombre). El creador necesita un punto de apoyo para mover el mundo, un íntimo, agónico dolor para sacudir las almas.

Cervantes se salva con el “Quijote”. Georges Duhamel ha hecho la observación de que casi toda la vida del Príncipe de los Ingenios “nos ofrece el espectáculo inquietante y melancólico de un fra-

---

(3) José Ortega y Gasset: “Meditaciones del Quijote”, Madrid, Calpe 1922.

(4) Pavel I. Novitsky: “Cervantes and Don Quixote—A. Socio-Historical interpretation”—The Critics’ Group Series, No. 1, New York, 1936.

caso. Y eso dura, dura hasta el umbral de la vejez. Y súbitamente, cuando podría pensarse que en realidad ya no hay nada que esperar de ese viejo achacoso y poco brillante que purga en Sevilla la pena de prisión por deudas, he aquí que de pronto se anuncia la obra maestra incomparable”. (5)

No protesta Cervantes contra el régimen social de su tiempo. Simplemente hace una burla de la locura y de la necedad humanas. La vida le ha causado una decepción profunda, tanto que no tiene más que reirse. Y esa risa, en soledad afrentosa, fluyendo como un hilo de agua salada, inunda su siglo y lo desborda. El glorioso manco escribe su “Quijote” como un alegato. Allí quiere aparecer él, con toda su grandeza de ánimo, afirmando su derecho a la inmortalidad. Este deseo no confesado se revela en uno de los sonetos jocosos puestos al comienzo del libro (el titulado “De Amadís de Gaula a Don Quijote de la Mancha”), cuyos últimos versos dicen así:

“Vive seguro de que eternamente  
En tanto al menos que en la cuarta esfera  
Sus caballos aguije el rubio Apolo,  
Tendrás claro renombre de valiente,  
Tu patria será en todas la primera,  
Tu sabio autor al mundo único y solo”

Se ha considerado el “Quijote” como la primera gran novela naturalista y realista. La figura del hidalgo manchego, sus armas y su caballo, son cosas tan llenas de fuerza plástica, que parecen salirse de las páginas escritas por Don Miguel. Sancho tiene, también, un pasmoso relieve. Los dos personajes se complementan. Sin ser iguales a los vulgares hidalgos y labriegos de la España del Siglo de Oro están animados y exaltados por su progenitor, quien ha hecho al esculpirlos, una superación del realismo. Pero si esos personajes son un símbolo, si reflejan una dualidad, no es aquella de que nos habla Novitsky, sino toda la cómica paradoja de la angustia humana.

Don Quijote, héroe de su risible locura, señor del absurdo; y Sancho Panza, un záfio lleno de sentido común, están movidos por el mismo impulso; y esto es lo paradójico. Están afligidos y torturados por el ansia de ser, por el terror cósmico a la nada. Jorge Patrón Irigoyen, en libro reciente, ha esbozado una caracterización del caballero de la Triste Figura y de su escudero, que no me resisto a reproducir: “Sancho Panza—dice—es la expresión pura del instinto de conservación, dado en su forma simple, biológica, animal.... Don Quijote, en cambio, es la expresión estereotipada del

---

(5) Georges Duhamel: “El Milagro de Cervantes”—“La Prensa”, Lima, 19 de Junio de 1936.

instinto de perduración (instinto de perduración hipertrofiado) y, por tanto, está siempre dispuesto a sacrificar lo material con el fin de prolongarse en la fama”. (6)

Los momentos de flaqueza que tiene Don Quijote sirven para destacar mejor su figura. El miedo callado que siente en la temblorosa aventura de los batanes; la prudencia con que se aparta de la refriega cuando los aldeanos del rebuzno muelen a palos al malandante Sancho, nos descubren el miedo que, en el espíritu de los héroes, se impone, por instantes, al hambre de gloria; tanto el uno como la otra son, sin embargo, expresiones del instinto primario.

Las anteriores consideraciones pueden servir para encontrar la clave del quijotismo.

Lo medular del quijotismo no es el entusiasmo por el ideal (como ha creído Turguénev), ni el empeño irrisorio de cambiar la realidad por una utopía procurando, ya resucitar un pasado añejo, ya precipitar el futuro (como pensaba Heine). Ello es, ante todo, miedo al silencio y al olvido, ansia de no perecer. Veamos lo que al respecto nos dice el propio autor de “Don Quijote”:

“En efecto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dió loco en el mundo, y fué que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra, como para el servicio de la república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras, y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos, cobrase eterno nombre y fama”. (Parte I, cap. I).

Claro que el “servicio de la república” era una finalidad secundaria. Mas he aquí al mismísimo Don Quijote deleitándose con su ensueño:

“¡Dichosa edad y siglo dichoso aquél adonde saldrán a luz las hazañas mías, dignas de entallarse en bronce, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro!”. (Parte I, cap. II).

El delirante manchego se entrega con el alma y con la vida a ese anhelo de perduración:

“Yo soy aquél para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos. Yo soy, digo otra

---

(6) Jorge Patrón Irigoyen: “El Instinto de Conservación, Ley de Gravedad Social”—Lima, 1938.



vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los doce de Francia y los nueve de la Fama, y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Febos y los Belianises, con toda la caterva de los famosos caballeros del pasado tiempo, haciendo en éste en que me hallo tales grandezas, extrañezas y fechos de armas, que oscurezcan las más claras que ellos hicieron'. (Parte I, cáp. XX).

Mientras haya quien se gobierne por el deseo de inmortalidad, existirá el quijotismo. En este afán heroico y agónico (en el sentido unamuniano) está la tragedia por excelencia, el drama del hombre. Por eso al fabricarse un monumento literario, Cervantes, solo y señero, hizo la quijotada máxima de su vida.

ELÍAS TOVAR VELARDE.



**Biblioteca de Letras**  
«Jorge Puccinelli Converso»